

No mates, no hurtos, no mentas, no groviedades, honra á tu padre, en suma, cumple la ley de Dios, amándole y sirviéndolo.—*Molinos.*

La fuente de la vida es la ciencia. En caso de duda, el juez supremo es la conciencia.—*Mano.*

Conoce a ti mismo.—*Sócrates.*

Trabaja para extirpar el mal. Embellece la tierra cubriéndola de vegetales y animales útiles.—*Lorenzo.*

Todos los hombres son iguales. No hay otra diferencia entre ellos que las virtudes que poseen.—*Buda.*

Amos los unos á los otros. Sed perfectos como nuestro Padre que está en los cielos.—*Jesús.*

La piedad no consiste en volver el rostro hacia Levante ó al Poniente. Plácete es el que socorre á los huérfanos, á los pobres, rescata los cautivos, observa la oración, da limosna, se paciente en la adversidad. El que es justo y teme á Dios clemente y misericordioso.—*Malou.*

# Las Dominicales

## Del Libre Pensamiento.

El peisano que labra, la mujer que araña en casa, el magistrado que dispensa sus funciones, el obrero que trabaja, hacen una obra tan santa como el monje que ora y ayuna.—*Luzero.*

Desde la India hasta la Francia el sol no ve más que una familia innumerable que deba regirse por las leyes de amor, moralidad, todos los hermanos.—*Voltaire.*

Haz el bien por el bien. No estables jamás la humanidad como un simple medio. Respétala como un fin.—*Kant.*

El hombre debe realizar bajo Dios la armonía de la Naturaleza y el Espíritu en forma de voluntad racional y por el puro bien.—*Kant.*

Que la verdad ostente todos sus esplendores en la tierra; que se desplomen los templos y caigan los tronos y se arrodillen los adoradores del volceno de oro si se interponen en su camino. ¡Paso, paso á la Verdad divina!—*El Espíritu del siglo.*

AÑO V.	PRECIOS.—Madrid, trim., 2 pesetas. Provincias, idem, 2,50 id. Extranjero, año, 12 id. Ultramar, idem, 15 id.—Número suelto corriente, 10 cént. de postal. Mem. fr. atrasado, 25 id. A los vendedores, 5 rs. la mano. El pago se hace por trimestres ó años adelantados.	La redacción dará cuenta de toda obra de que reciba dos ejemplares. No devuelve los manuscritos. No responde de los artículos firmados. No admite anuncios de pago. Administración: calle de la Madera, n.º 51, piso segundo.	MADRID: Sábado 29 de Enero de 1887.	REDACTORES.—{ Ramón Chies. Demofilo.	A los correspondientes que envíen el importe por meses adelantados en letras ó sellos, se les servirán los pedidos que hagan, siempre que sean de 10 números en adelante, dándoles de gratificación cuatro céntimos en cada ejemplar. El precio en venta de cada número será de 10 céntimos.	N.º 216.
--------	---	---	-------------------------------------	--------------------------------------	--	----------

### Sermón episcopal.

Un discreto compañero, en el pintoresco estilo que le es propio, se ocupó no há muchos días en el sermón que, con motivo de la Epifanía, pronunció el señor obispo de Oviedo, discurso más que á conmemorar la atroz y ridícula leyenda de Herodes y los Reyes Magos, dedicado á escarnecer y vilipendiar la francmasonería, que presentó á los ojos del mundo como una sociedad odiosa y criminal, tan digna de los anatemas de la Iglesia como de la enemiga fiera y descarada de todos los hombres honrados.

Habiendo recibido impreso este sermón, hemos dedicado algunos minutos á su lectura, que nos ha persuadido una vez más á que la Iglesia y sus príncipes, cerrados á todo espíritu de progreso, sintiéndose flacos por la dispersión de los fieles, de cien partes solicitados poderosamente al abandono de los dogmas, por cuanto constituye este maravilloso conjunto de grandezas que se llama civilización moderna, ahucando la voz en anatemas monstruosos, se disponen á perecer impenitentes en su ceguera.

Nos guardaremos bien de defender á la masonería, de los destemplados ataques que, el obispo de Oviedo, la dirigió en su sermón. Formando parte de esta antigua, respetable y moralísima sociedad, lo más selecto de la población inteligente y acomodada de todos los países cultos del mundo, siendo público en nuestra patria que nuestras eminencias políticas y nuestros grandes caracteres han formado ó forman parte de la masonería, nos place que la Iglesia con sus odios añejos á cuanto tiende al liberalismo y la tolerancia, al denunciar por enemigos del catolicismo á la animadversión de los muchedumbres, suministre ocasión á estas y á ellos de reflexionar en las doctrinas teológicas y fines mundanos del catolicismo; pues creemos que estas reflexiones han de conducir á muchísimas gentes á desertar de una Iglesia que á troche y moche, lanza el dictado de criminales (1) y malvados sobre tantas inofensivas y piadosas personas como se han honrado con el mandil del francmasón.

Nuestro propósito del momento es muy distinto. Nos proponemos llamar la atención sobre los hombres sinceros y meditativos sobre palabras del señor obispo de Oviedo, que consideramos ciertamente notables y peregrinas en su boca maldiciente de la masonería. Hélas aquí.

«Así como los cristianos no somos todos santos, aunque nuestra religión sea santísima; y no lo somos porque no guardamos fielmente los mandamientos; así muchísimos francmasones, la mayoría de ellos, no son tan malos como la institución, porque ni siquiera la conocen, aunque ostenten los títulos más rimbombantes de la secta, y hayan recorrido todos sus grados.»

La primera consecuencia que todo hombre de buen sentido deduce de esta preciosa declaración, es la siguiente: Que un hombre puede ser malo siendo cristiano y bueno siendo masón. El obispo de Oviedo deriva la maldad del cristiano de la desobediencia, y la bondad del masón de la ignorancia. Aunque podrían invertirse los términos, y buscar motivos variadísimos mejor fundados de la bondad y maldad de los sujetos del ejemplo, aceptémosle como se nos impone, y meditémos.

«Cuál es el fin de la vida? Evidentemente la realización del bien. Luego si un masón puede realizarlo y un cristiano no, la ignorancia que hace bueno al masón es un millar de veces más útil, más santa, más divina, que los mandamientos que no han logrado con la supuesta verdad inflexible que contienen, reducir á su obediencia el espíritu rebelde del cristiano. Por aquí, ya se ve claramente, que el obispo de Oviedo, sin quererlo seguramente, sin saberlo quizá, deifica la ignorancia, santifica lo que pudiéramos llamar instinto natural de las almas hacia el bien, porque un masón ignorante, como lo son la mayoría de ellos, puede ser bueno, ó como en su obligado lenguaje intránsito dice, no tan malo como la institución.

Los cristianos no somos todos santos: hé aquí otra afirmación del obispo de Oviedo, que seguramente no habrá hombre en el mundo capaz de rebatir. Todavía, pensando en lo pobladísimo que ha de estar el infierno, según los moralistas católicos, y en lo repieto que hálo ya hace siglos Dante el Purgatorio, podríamos completar la frase del obispo sin ofender á ningún bautizado, de esta manera: los cristianos no somos todos santos, ni mucho menos. Aun así, hemos de atender á que cada una de las mil sectas en que se parte el cristianismo, considera á todas las demás como no participantes de la santidad doctrinal, insultándose malamente las unas á las otras con títulos de herejes y condenados, y poniendo todas las no papistas á los católicos (que son los cristianos á que hábilmente se refiere con una palabra impropia el obispo de Oviedo), como no es del momento decir.

Ahora bien; si no todos los cristianos son

santos, la lógica nos conduce á esta conclusión: que el conocimiento de la doctrina cristiana no presta la santidad, ni la imponen tampoco los Sacramentos del Catolicismo. Habrá, pues, que buscar la santidad fuera del conocimiento de esta doctrina, bien porque conocida no se obedezca á causa de que no es eficaz por sí misma para reducir los cristianos á su obediencia, bien porque este conocimiento sea indiferente. En el primer caso, ¿qué viene á ser una doctrina recibida de la propia boca de Dios, conservada por un sacerdocio diligente, que no reduce á su obediencia los espíritus? En el caso de ser indiferente, ¿no estamos en pleno racionalismo al tener que fundar la santidad de la vida fuera de la revelación y de los dogmas?

Insistamos en este punto interesante. El conocimiento de la doctrina cristiana, al igual que el de cualquiera otra religión, no hace, por su propia eficacia, al hombre bueno ni malo. Grandes teólogos ha habido que han sido unos hombres perversos, y también ha habido grandes teólogos que han sido unos santos. Papas que han sido eminentes se consideran ardiendo en el fuego eterno, y pontífices simplícísimos reciben por santos culto en los altares. ¿Por qué? Evidentemente porque el conocimiento claro de una doctrina teológica cualquiera, no hace al hombre bueno ni malo. La santidad no está en el talento, ni puede estarlo: tiene su raíz en la firme adhesión de la voluntad al bien en la práctica de la vida.

¿Quién regula esta? ¿La revelación ó la naturaleza? Hé aquí la cuestión suprema. El obispo de Oviedo, obligado a responder: no hay santidad fuera de la revelación. Mas entonces ¿cómo puede un masón, por ignorancia, ser bueno, que es lo que ha venido á afirmar? O mejor todavía, para huir de este nombre de masón que tantos odios ignorantes suscita ¿cómo puede ser bueno un hombre nacido, educado, crecido en el seno de una sociedad no católica? Responderá seguramente á esta observación con mil y un subterfugios: todos ellos caen en el más soberano desprecio y en el más punzante ridículo, ante los grandes santos de la Historia universal, que de no haber santidad fuera del catolicismo, de ser cierta la doctrina que tan orgullosamente proclama infalible el obispo de Oviedo, estarían al presente siendo objeto de espantosos é inabarcables tormentos en ese antro legendario del Infierno. ¡Oh! vosotros los grandes, los heroicos, los sabios, los preclaros hijos del linaje humano, Sócrates, Aristides, Esquilo, Régulo, Cincinato, Marco Aurelio, Alejandro, Arquimedes, César, Jordano Bruno, Galileo, Washington, Víctor-Hugo, alzádel polvo las frentes carcomidas y fijad los huesos donde se aposentaron los ojos que destellaron la luz de vuestras soberanas inteligencias sobre ese obispo de Oviedo, repetidor de dogmas incomprensibles, por él no inventados, traductor de maldiciones que le impone una jerarquía de que es rueda aslariada y no motor libre é inteligente, y aplastad los sofismas con que se unce al carro del despenado Satán. Mas no: no sería empeño digno de vuestra grandeza, que rie de esas pequeñas doctrinales que, en el mundo imaginario del más allá del sepulcro, os supeditan á los que os obedecieron y aprendieron de vosotros á ser dignos de vuestra racionalidad.

Quizá no debiéramos haber invocado los nombres más augustos de la historia al hablar de uno de tantos miles de obispos, y por cierto no de los más distinguidos, como apocentan (pase esta palabra de la retórica cristiana), sobre el mundo católico los rebanos del Cristo judicial. Y concluyamos este ligero examen del único párrafo notable del sermón del obispo de Oviedo sobre los Reyes Magos, en que nos hemos fijado, y que como se ve tiene los dejos libre-pensadores de toda cosa con sentido común, reflexionando en esta frase: no somos santos los cristianos porque no guardamos fielmente los mandamientos. Nunca palabras más conformes á la verdad salieron de boca de un obispo. Porque ¿nosotros no entendemos del asunto, ó el mandamiento supremo, el que contiene en sí todos los demás, es este: Amos los unos á los otros; mandamiento común á la filosofía del libre-pensamiento y á la revelación cristiana, que no fuera nada sin la filosofía natural que pueda contener. Y, si amarnos los unos á los otros es el mandamiento máximo, ¿parece al cogullado obispo de Oviedo propia manera de realizarlo, y por consiguiente, medio seguro de alcanzar la santidad, alzarse en el púlpito á pronunciar sermones como el que comentamos, excitando á los católicos, en una nación perturbada por toda suerte de opiniones religiosas, á despreciar y aborrecer á los masones? ¿Parece obra de amor, calumniando las intenciones de una vasta y respetable sociedad, cual es la masonería, denunciar sus dignísimos y pacíficos individuos á las persecuciones del Gobierno por antimorárquicos, hacerlos sospechosos á las autoridades y al público por inmorales y exhibirlos como presa del Código penal por criminales? No asombrar las palabras, á quienes dejan pasar sin protesta los conceptos de que se derivan. Sí, como afirma el obispo de Oviedo, la masonería es una sociedad *imoral, antimor-*

*nárquica y criminal*, y si como es sabido, libre y conscientemente ingresan en ella sus individuos ¿no se acusa á estos terminantemente de inmoraes, antimorárquicos y criminales? ¡Brava manera de cumplir el mandamiento máximo tiene el obispo de Oviedo! En vez de amor, su voluntad, rebeldé al precepto, siembra ciccia entre los hombres: el Dios de quien se cree vicario tómeselo en burla.

Nosotros ni siquiera queremos exigir la de las sucias palabras que nos ha dirigido: LAS DOMINICALES, ha dicho, *solo se ocupan en escupir y calumniar á lo que es santo y puro*, frase que, no pudiendo acreditar de verdadera salibando en su sermón de los Reyes Magos, dejamos colgada de su mitra, para que la examine atentamente los espíritus cultos y las almas sinceras.

RAMÓN CHIES.

### La Federación Peninsular.

O Seculo de Lisboa, La Voz Galeica de la misma ciudad, El Diario de Badajoz, La Concordia de Salamanca, El Porvenir de Cuenca, El Clarín de Jaén, El Linare y otros colegas, se adhieren entre entusiastas frases á cuanto escribimos en nuestro artículo *Una idea grande*, relativo al pensamiento de la *Federación Peninsular* iniciado por el brillante escritor Emygdio d'Oliveira.

El terreno está abonado y la semilla echada. Portugal y España alzan la cabeza, se miran como cariñosas hermanas, sourien y se dan la mano haciéndose signos de inteligencia.

Pero la obra que hay que llevar á cabo, es magna y no hemos de ser nosotros los que precipitemos con impaciencias y movimientos irreflexivos.

Conviene que los republicanos portugueses discutan y resucivan sobre la proposición de Oliveira que hasta ahora está solo aceptada en principio por la Junta de Oporto; y como se encuentran ahora allí embargados con la cuestión electoral, y aquí estamos mal impresionados por estas maldichas divisiones de familia, conviene reservar para más adelante el acto que proyectábamos para el 11 de Febrero.

Entre tanto, no desaprovechemos el tiempo aquí los partidarios de la idea, concertando voluntades para dar el mayor brillo á la reunión cuando se celebre, y lo mismo harán, según nos prometen, nuestros hermanos de Portugal.

Ensanchemos el corazón hoy oprimido, portugueses y españoles: fundaremos una patria federativa, grande como nuestra Historia, y libre como nuestras almas.

### La Religión y la Libertad.

Examínemoslas, no á la luz de palabras hipócritas, que estamos cansados de ver á los lobos disfrazarse de ovejas, sino de los hechos, y de esos grandes hechos que forman como la carne de la vida social llamadas *instituciones*. Comparemos las instituciones de la Religión y la Libertad para ver cuál de ellas se aproxima más á lo perfecto, y si queréis que llamemos divino á esto perfecto, que no nos curamos de nombres, veamos cual es el régimen más divino, el de la Libertad que está de acá de la Revolución francesa y el de la Religión que está de allá.

¿Cómo se vivía la justicia en el régimen de la religión y como se vive en el de la libertad?

Veámoslo.

En el régimen de la religión se veía desaparecer de la sociedad, como por ensalmo, un hombre. ¿Por qué? No se le decía. Quería comunicarse con su familia. No se le permitía. Pedía un defensor. No se le daba.

En un subterráneo donde no penetraba la luz, ni se percibía el paso de seres humanos, esperaba días, semanas, años, según el interés de sus carceleros, enterrado en vida, con el aliento suspenso, la llegada de alguien que le sacara del plágo de dudas en que estaba sumido.

La hora anhelada llegaba. La puerta se abría para dar paso al juez. Este le acusaba de cosas terribles. Había tenido tratos con el diablo, había leído los evangelios traducidos, se decía que había hecho mal de ojo á varios niños, era judaizante, juraban las comadres del pueblo (si era mujer) que la habían visto varios sábados montada en una escoba salir por el cañón de la chimenea de su casa á la hora de las doce en punto y volver á zambullirse en cuanto se oía el canto del gallo.

La persona acusada juró que todo aquello son imposturas. El juez del régimen religioso sonrió siniestramente con incredulidad.

Aquel día, ó algunos más tarde el acusado que persiste en proclamar su inocencia se ve trasladado á un lugar que es como la copia del infierno católico. La luz de algún farolillo y la llama de un hornillo que oscila en el fondo proyectan en las paredes la sombra de varios instrumentos de martirio que hacen estremecerse al acusado de espanto y horror. Entre las sombras se percibe alguna mancha larga y tendida como si fuera un cuerpo huma-

no de donde se escapan gemidos que arranca el tormento.

—La suerte de esos te espera si no declaras.

Dice fríamente el juez negro al acusado, y á una señal suya los sayones le ponen en el potro.

Comienza el martirio. El acusado es presa de horribles estremecimientos, pero persiste en decir que es inocente.

—Más—dice el juez negro,—y los sayones aprietan el torniquete. Nuevos estremecimientos, gestos y gritos de dolor del acusado que continúa proclamando su inocencia. Más—dice el juez de nuevo—y se repiten más gritos del acusado y más *ma ses* fríos como el hielo, del hombre negro.

Las venas del martirizado se han ido hinchando entretanto y de algunas de ellas comienza á brotar sangre.

—¿Resistirá?—pregunta el hombre negro al médico que tiene cogido del pulso al paciente, y el médico después de reflexionar algunos momentos, contesta bajando la cabeza.

—Todavía.

A una señal imperiosa del hombre negro, los sayones aprietan más el torniquete y los huesos del martirizado crujen haciéndose harina.

Todo lo finito tiene su límite y no podía estar exento de esta ley aquella criatura humana, que no tiene ya más llanto en los ojos, ayes en la garganta, ni aliento en el pecho. Es un pedazo de carne que se estremece y de que se escapa una respiración ronca, fatigosa, parecida al estertor de la agonía. Si las piedras de la cripta que tiene sobre su cabeza aquella criatura pudieran apercebirse de sus sufrimientos, si vieran sus cabellos erizados, los ojos perdiéndose con espanto en el fondo de sus órbitas, la nariz afilada, los lívidos labios cubiertos de espuma y el temblor convulsivo que agita todo su cuerpo, se estremecerían de horror.

Pero las piedras no ven ni se conmueven.

Tampoco se conmovía el hombre negro. ¿Oh poder de la religión que has llegado á convertir á los hombres en piedra! Pero no, he mentido; que ya cruzó por el rostro de aquel hombre una especie de ráfaga de luz parecida á lo que llamamos sonrisa; aquel hombre siente, se alegra. El paciente ha dicho que confesará todo lo que le manden.

El hombre negro ha traspadado los límites de la piedra, ante los dolores humanos; se ha reído.

¡Oh magna! ¡Oh divina! ¡Oh santa religión! ¡Oh prodigios has cumplido! ¡Cóganos de hijos en tus templos; lloramos tu pérdida; vuela la Santa Inquisición, carne de tu carne, sangre de tu sangre, entraña de tu sér, á régrinos.

Pero continuemos.

El acusado confesará todo lo que su juez quiera.

—De modo que confesas ya,—le dice este,—que has volado por los aires?

—Sí.

—¿Y que has hecho mal de ojo á los niños del pueblo que han muerto á consecuencia de ello?

—Sí.

—¿Y que has tenido ayuntamientos con el diablo?

—Sí.

—¿Y que le cortaste el rabo y te fuiste montado en él por los aires jurando acabar con la religión de Cristo?

—Sí.

—Te declaras reo convicto de hechicero, blasfemo, hereje y judaizante?

—Sí, sí, sí, sí.

No habrá un hombre entre ciento, que, inocente como este, no se declare culpable también como este. ¿A qué aguardar más y sufrir más? Tras de aquel tormento vendrá otro y otro; luego mejor es sufrir la pena de una vez, sea la que fuere y acabar la vida de infierno.

El hombre negro se levanta y guarda en su hábito el papel en que consta la declaración, después de doblarlo con aire satisfecho. Allí lleva la mentira arrancada por el tormento. El Dios de horrores que ahora, está satisfecho. La religión sonríe.

Montón de carne y huesos triturados, yace otra vez en un rincón de su calabozo, entre inmundicias, el reo convicto y confeso; esperando que se cumpla la sentencia. La fecha se retrasa. El rey con toda su corte quiere presenciar el auto de fe. Los sufrimientos del condenado no tienen cuento. No duerme, no descansa. La humildad, penetrando por los poros de su cuerpo hinchado, disuelve el polvo de sus huesos triturados por el tormento. Los dolores que sufre son horrores. Si por instantes se queda dormido, sueña con el potro, con las argollas, el juez negro, el hornillo y los sayones con la capucha puesta y la cara cubierta en la que se abren dos agujeros para ver, y huyendo de aquella mansión de horrores, de aquel infierno real, despierta dando gritos. Los mendrugos de pan negro, único alimento que le dan, están allí amontonados, emmohecidos, podridos, infectando más el calabozo; ó apenas come.

Por fin llega el día anhelado. Lo sacan para llevarlo á la hoguera, y él siente una alegría feroz. Las pocas fuerzas que le quedan procura concentrarlas, y ya que no levantarse, porque sus piés triturados

no lo consienten, se hincó de rodillas sobre el vehículo que le conduce y levantando al cielo las manos, desafia con ojos espantados en que vibra la desesperación, las miradas del populacho soez que se agolpa á contemplarle á su paso. El pueblo no duda ya de que está endemoniado; aquellas miradas lo dicen todo; y se silba, y se escupe, y le apedrea, y le llena de injurias. Alguna pedrada certera le ha dado en la frente y la sangre corre por sus mejillas. Los gestos que el dolor le produce, junto con la sangre que le tinte el semblante, que ha extendido con su mano al intentar limpiársela, hacen más horroroso su aspecto, y aumentan la convicción del populacho de que es Satanás mismo en figura de persona.

Al llegar á la hoguera y darle para dar comienzo á la ejecución, redoblan los alulidos y las maldiciones del pueblo. Ya se enciende la hoguera; ya le tocan las primeras llamas y el condenado empieza á agitarse. Los cabellos se le errespan; hace ojos quieren saltárselo de sus órbitas; hace intención de adelantarse las manos y defenderse de las llamas, pero estas avanzan y avanzan, lamándole el cuerpo. Entonces comienzan las ansias, los secudimientos espantosos, los alaridos, capaces de hacer huir con horror á las fieras. Pero es entonces cuando el populacho lanza más ruidosas carcajadas y cuando la burla y la chacota aumenta hasta desbordarse y llegar al frenesí.

¡Gran día para la religión!

Nadie ha comido; todos han estado presenciando el auto de fe desde el amanecer hasta la noche. Numerosas víctimas se han inmolado á Dios entre la alegría frenética de todo un pueblo.

El rey, con su corte de damas queridas y caballeros, ha presidido el acto. Los nobles han honrado á su Dios llevando su pequeño haz de leña para la hoguera. Los caballeros con sus lucentes espadas, sus chambergos adornados de vistosas plumas, y sus bandas de seda hacen, al frente de sus tropas, los honores á la corte y á la nobleza manteniendo en respeto á la plebe. Esta, educada por frailes y jesuitas, puebla las calles y plazas con su cuerpo y los aires con sus gritos de alegría. Todo, todo está inundado del mismo sentimiento; la Inquisición la lleva en su entraña el pueblo español. Es una institución inmanente, esencial, dogmática, del catolicismo. Lo mismo que después de cumplir nueve años se cumplen diez y después de estos once, so pena de muerte, debió llegar un día en que la religión católica engendrara la Inquisición. «Todo lo que es ideal es real» ha dicho un filósofo, y el ideal católico tuvo que traer su infierno á la tierra, esto es, la Inquisición.

Desapareció ese infierno. Ya no hay brujas, ya no hay hechiceros, ya no hay judaizantes, ya no hay mal de ojo, ya no hay quien comercie con el diablo, ya no hay quien se monte en escobas para andar por los aires, ni tenga banquetes alrededor de una Caldera puesta al fuego en campaña de sapos, mochueros y machos cubrios bajo las covachas del monte en noches tempestuosas.

Han desaparecido mil delitos, como dicen que desaparecían las danzas de brujas al anuncio de la primera luz de la aurora.

«Quién ha traído este rayo de luz ahuyentador de los genios infernales que antes se revolaban entre los hombres? La Revolución, la libertad.

Veá si supera ya la libertad á la religión. Esta albergaba en su seno tan infernales delitos que se veía obligada á castigarlos con el martirio y la hoguera.

La libertad los ha hecho desaparecer sin jueces ni verdugos. Ha barrido el infierno; ha barrido la Inquisición.

«¿Que ha tenido que derramar sangre? ¿Cómo sino, lo hubiera hecho? Estaba el infierno demasiado arrugado en el suelo para que no costase esfuerzo hacerle desaparecer. Los crímenes de que acusaba á la Revolución, los ha provocado el infierno. Váyansese con su compañero el diablo, jesuitas, frailes, clérigos, reyes y carcesanos, y no habrá revolución; ni derramamientos de sangre.

Por que lo esencial lo que importa notar es que, ni tormentos, ni hogueras, ni sayones, ni crueldad popular es de esencia de la libertad. Cuando la libertad triunfa, proscribese la Inquisición con todos sus horrores.

Las instituciones de la libertad no permiten que á ningún ciudadano se detenga sin causa motivada; hacen distinción entre la detención y la prisión; proscriben el tormento; dan derecho de defensa; sujetan á mil formas el juicio; han abrogado las hogueras, y en muchos países suprimido los verdugos y arruinado los patibulos. Los reyes y las cortes que quedan, se consideran deshonrados, asistiendo á una ejecución capital. Si el populacho, en que la religión impera aún, assiste á estos espectáculos; si osa apedrear á los reos, ni se entrega á las manifestaciones de alegría brutal y frenética que el pueblo del régimen religioso, y ya se da el caso de que honrados hijos del pueblo se niegan á dar vino al verdugo, y si se lo llegará á dar



Señor ministro de Hacienda: Además de dar a fumar basura a los españoles...

El Gobierno italiano es un tirano terrible que ha despojado al papa de todos sus bienes...

Nuestro querido Odón de Buen habla con entusiasmo del buen espíritu que nota en la región catalana que visita.

Se nos dice que en la semana pasada verificó con gran aprovechamiento los exámenes de todas las asignaturas del bachillerato en Artes...

También se han examinado con el mismo brillante éxito once padres Agustinos profesores del Real Colegio del Escorial.

Para ocupar una vacante de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, está propuesta la candidatura del señor Calleja.

Una devota de Jaen que quemó hace algún tiempo quince o veinte números de nuestro semanario...

leyes cristianas y humanas esa devota de Jaen? Lea primero, y después quemé. ¿Cómo calificaría esa devota al que quemara los Mandamientos de la ley de Dios?

Decían admiradas o risueñas algunas costureras y otras mujeres que pasaban junto a él. —No ve que ahora mismo se va el chico con las dos pesetas que V. le ha dado...

Ha fallecido en esta capital la digna y respetable Sra. D.ª Juana Díaz, viuda de D. Juan Arias y madre de nuestro amigo y correligionario el Sr. Arias Díaz...

Entre los representantes de la Asamblea Republicana llegados a Madrid, está nuestro muy querido amigo Sr. Gironés director de El Baluarte de Sevilla.

Al saludarle afectuosamente hacemos constar una vez más las vivas simpatías que sentimos hacia los que como Gironés vienen sufriendo todo género de contradicciones en medio de un combate rudo y desigual...

CASTIDAD. Cuéntase por ahí, que hace pocos días, en un colegio de esta capital, dirigido por severos varones, situado frente por frente de un convento de monjas...

Ha fallecido en esta capital la respetable señora Doña María Jiménez, madre del conocido hombre público D. Pedro Martínez Luna y madre política que fué de nuestro querido amigo D. Francisco Martínez Morales...

D. Antonio Portela fotógrafo de la Coruña tenía hecho el retrato de García-Vao, y habiéndolo sabido en nuestra redacción le suplicamos que nos enviase una docena de ejemplares.

Escribió La Unión: «Sabe la dirección de Seguridad quién delató a ciertos falsificadores de billetes, y qué relación puede tener dicho acto con el asesinato de García-Vao?»

No hacemos mérito de lo demás que escribe este periódico, porque sería gastar tiempo en balde. Ya consta a todo el mundo, que donde escriba si La Unión, debe leerse no.

Dice La Voz de Galicia que le Regan noticias de Somozas diciéndole que el cura tiene declarada la guerra a uno de sus feligreses por el enorme delito de poseer bienes que pertenecían a un iglesiario.

Odón de Buen nos dice desde Barcelona, que ha visitado el gabinete de física que tiene organizado el Sr. Lozano, donde este querido amigo particular nuestro, catedrático de la Universidad...

Desgraciadamente es así. Nosotros que conocemos a fondo al Sr. Lozano, estamos seguros de que el más reflexivo y laborioso alemán, no le gana en fuerza de razón y voluntad.

Soneto. Habló el soberbio y dijo al humillado: tu destino es servir, mandar el mío: tu ley de vida solo mi albedrío...

El Diablo en las religiones. Idea con que se completan todas las teologías, es la de la existencia de un ser maligno, enemigo de los hombres, mitad dios, mitad bestia.

Las turbas fanáticas y amedrentadas creían en Tifón, asolador del mundo, y no tenían presente que ese Tifón no era otra cosa que la oscuridad de su razón y la ignorancia de sus espíritus...

La teología católica, último vástago débil y raquítico de las potentes teologías orientales, ha conservado, como ellas, al rey de las tinieblas, enfrente del rey de la luz y de la vida...

Los desocupados de los conventos dieron a esto ser que llamaron diablo, un relieve y una personalidad, como nunca, hasta entonces, le tuvo en la religión cristiana.

Ve a el público de Madrid hasta dónde llega la osadía de esa prensa llamada religiosa. El inspector de policía, que cuenta a quien se lo quiere oír, cómo descubrió a los falsificadores, debe sonreír con lástima si por acaso lee La Unión.

Drama nuevo. El estreno del de nuestro infortunado García-Vao y otro querido compañero se ha aplazado por causa de enfermedad.

Testamento de un octogenario. Considerando: Que después de muerto, no hacen falta luces y menos con sol. Considerando: Que si muero en pecado (lo que no espero), no necesito sufragios...

El libre pensamiento en acción. El día 7 del corriente, se verificó en Algrinejo, provincia de Granada, la inscripción civil del niño José Ecequiel, hijo de nuestro correligionario D. Juan Pedro Doncel.

En Córdoba se ha verificado la inscripción de otro niño, con el nombre de Demófilo, hijo de nuestro distinguido correligionario don José Puján, miembro de la sociedad Los Amigos del Progreso, de aquella capital.

Las Dominicales últimas debieron llevar el número 215 y se le puso por error el 214, hay pues dos tiradas con el mismo número, la del 15 de este mes y la del 22 del mismo.

Suplicamos por última vez a los que aún no han saldado sus cuentas por fin del pasado año, lo hagan a vuelta de correo.

Los pedidos de libros han de venir acompañados de su importe más el del certificado, único medio de evitar su extravío. De los que se pidan sin certificar no responde la Administración...

Correspondencia administrativa. Estepa.—J. R. C.—Suscrito hasta fin de Marzo. Merquitas.—T. de V.—Idem de Junio. Buena.—J. O.—Idem de Mayo.

Rastillo.—J. C.—Idem id. Alzemes.—I. L.—Idem id. Belchite.—M. L.—Idem id. Jaén.—I. M.—Idem id.

ANUNCIOS. EL SACRAMENTO ESPUREO. EXPOSICIÓN Y CRÍTICA SEVERISIMA DEL MATRIMONIO CANÓNICO POR CONSTANCIO MIRALTA, Presbítero.

Obra interesante de actualidad, escrita con entera libertad de criterio, para dar a conocer lo mucho y muy grave que sobre este asunto es ignorado por la generalidad y no se ha publicado todavía.

LOS QUE NO HAYAN LEIDO LOS NÚMEROS DE «LAS DOMINICALS» DE LOS PRIMEROS AÑOS. Hallarán los principales artículos de DEMÓFILO coleccionados en los dos tomos Artículos religiosos y morales y Batallas del Libre-pensamiento...

BIBLIOTECA DEL LIBRE-PENSAMIENTO. TOMOS PUBLICADOS: I. ARTÍCULOS RELIGIOSOS Y MORALES por Demófilo. Precio al público en general, 1 peseta; a nuestros suscritores, 0,75.

EN PRENSA: EL MONAGUILLO. OBRA POSTUMA DE ANTONIO R. GARCÍA-VAO. CON UN PRÓLOGO DE JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ.

LA NOVELA DE URBESIERVA (NARRACIONES), POR JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ. Obra en que se describen incidentes ocurridos en el interior de una ciudad fanática.

